

¡Un año de matrimonio y ni siquiera una chancleta!\*.....

—«¡A que mi padrino!—contestó Mi caela, sonrojándose y envolviendo con una mirada cariñosa, en que había la promesa de cumplir el deseo del padrino á Chencho que reía á más y mejor para celebrar la ocurrencia de «Pajarito.»



## XXI

**P**ARA Sátrapa era cosa averiguada lo de la entrevista del Licenciado con el cura.

Sabía el punto y la hora en que ambos, en la soledad de la biblioteca, se despacharon á su gusto, departiendo amigablemente acerca del supuesto hijo de Illescas, de la intervención de éste en el asunto, y de la promesa del Licenciado de traer al advenedizo á la Villa de las Granadas; todo contado á hilo por el husmeador del rapavelas.

A Sátrapa no se le daba un ardite que el cura atara y desatara cabos en estos particulares; pues confiaba, muy á pie juntillas, que á la postre se enredarían tantas y tan largas averiguaciones en los armadijos de la táctica con que con-

taba, para la hora en que la cosa fuera de véras.

¿Que su tío ofreció esto y aquello y aún alentó al Licenciado á traerse por acá al intruso? Bien. Así con las cosas y las personas de cerca y de frente, el resultado sería más inmediato, eficaz y seguro.

Sátrapa seguiría su táctica y no cedería ni un ápice en ella: por delante las conveniencias sociales; el estudiado disimulo y la marcada indiferencia; y á espaldas, la intriga, el embuste y la artimaña; contaba, pues, para salir airoso en la empresa, con las elasticidades de un carácter aparatoso, bonachón y complaciente, que se reportaba luego, como la zarpa contráctil del felino, para caer con más acierto sobre su presa; franco para prometer, largo para dar y espléndido para cumplir, se quedaba muchas leguas lejos de los avaros y egoistas dependientes de la ralea de nuestro conocido, que en todo y para todo hacía la

eshecha, con lo que se la pegaba al más pintado, aunque estuvieran en punto y en raya como el perspicaz y ladino de Sanchete.

Ya tenía echadas sus cuentas, y no á lo gran capitán, que para estas cosas de meollo, se iba con tiento y prefería contar con los dedos, á modo de que todo le saliera cabal y no tuviera que llorar quebraderos de cabeza; de esta manera de apereibirse vino que en un santiamén delineara sus planes para tomar ruta en cualquiera dificultad; así pertrechado, no quedaba más que esperar los acontecimientos, con los brazos cruzados en apariencia, y la intención y la inteligencia abiertas para contrarrestar cualquier incidente.

Blando, dulce, solícito y atento no dejaba al rescuchimizado del Señor Illescas ni á sol ni á sombra; le obligaban para con su tío los deberes de sobrino, sumiso y cariñoso, y las responsabilidades de gerente de la casa «Infanzón

Illescas y Cía.,» de la cual era el eje, escritorio redactando la nota de precios motor principal que daba impulso y por el mes, ó confrontando las «Revistas nía en movimiento todo el intrincado mercantiles,» para sacar los valores más mecanismo de los negocios mercantiles reducidos y alcanzar bajo costo en los de que se alimentaba el comercio de los efectos que más escaseaban en el mercado. De los periódicos sólo leía los

El Señor Illescas bien que echaba de visos y las circulares comerciales; así ver la conducta irreprochable de su como también el anuncio de los tipos de brino, para quien no había, fuera del es Cambio; él estaba siempre al cabo de eritorio, distracción posible; entre ni la calle en eso de saber el alza y baja, meros, libros y legajos de cartas se el precio corriente y la distribución de pasaba las horas enteras, consultando dividendos de los bancos y las socieda- aquí, enmendando allá; pendiente, en des anónimas, en las cuales «Infanzón punto y en coma, de los menores asuntos Illescas y Cía.» tenía numerosas accio- tos de la casa; él despachaba la corres- nes; vendía cuando le compraban y pondencia; él revisaba las cuentas co- compra cuando le vendían, vieja pero rrientes; él calculaba facturas y descom- segura máxima para sacar adelante el taba pagarés; él estipulaba los precios auge de la casa; con esta manera de ser, de venta y regateaba los de compra; el capital de su tío aumentaba año con año en proporciones muy considerables, no apartaba su atención ni quitaba su las cuales, si no eran exorbitantes en voluntad de estas tan complicadas como comparación con la importancia de los menudas materias; los domingos y días capitales de muchos de sus correspon- festivos, en vez de irse por ahí á andar- sales metropolitanos, no dejaban de ser se á que quieres boca, se quedaba en el

envidiadas por los mercachifles y recovecos de la plaza de Villa de las Granadas.

Aunque el Señor Illescas no metía las manos ni andaba hasta los codos en esas cuestiones de alza y baja, de oferta y de demanda, no dejaba de comprender la influencia que ejercía su sobrino en el empuje y ensanche que iba tomando la razón social de «Infanzón Illescas y Cia.»

Acaso, por esto, Illescas dudara á veces en dar el paso decisivo en el camino que se había trazado; en sus metichosidades, tan propias de su edad y de su estado de ánimo, fluctuaba entre despojar á su sobrino en beneficio del hijo que de manera extraña había abandonado, ó enriquecer totalmente á su sobrino con perjuicio del hijo desamparado.

Aquí de sus cavilosasidades, de sus dudas y de sus incertidumbres.

Poníase á considerar que en el tiempo lejano en que tuvo á su hijo, no era

Illescas de ahora, sino un imberbe, pobre, solo y sin ningún prestigio; con el trabajo por estímulo y la economía por norma; que anduvo á la cuarta pregunta y á la ventura por esos mundos de Dios; hoy aquí, mañana allá, vagando de un lado para otro; fortalecido por su juventud y sostenido por el vigor de sus nervudos brazos; que pasó por los altibajos de los que salen fuera de su patria á labrarse una fortuna; que por el tráfico incesante de sus habituales luchas, olvidó aquella primera aventura de sus juveniles años, á la cual no le dió ninguna importancia, á causa del hervor de la adolescencia, que olvida fácilmente lo de ayer, para gozar lo de hoy y desear ahincadamente lo de mañana; que poco á poco el juicio tomó madurez; la irreflexión, cordura; la inconstancia, fijeza, y la vida errátil, trahumante, vagabunda, tornóse en vida sedentaria y ordenada, con rumbo seguro, asiento sereno y reposo estable;

que arraigó en Villa de las Granadas, que á poco de establecerse en ella le llegó, con una carta de su país, un sobrino, sin más patrimonio que una puerbertad fuerte y anhelosa y un trabajar sin fatiga ni descanso que se puso á toda hora al servicio de la casa de «Infanzón Illescas y Cía.» que de allí para abajo, la fortuna se le metió por las puertas, afluyente y loca; que batesoró caudales, creció en crédito y decayó en ánimo: aquí, en medio de todas estas riquezas, apuntó, de pronto, el recuerdo del hijo ausente; de aquel hijo que en muy pasados años dejó en el más cruel de los abandonos y en el más infame de los desamparos; y con el recuerdo vino el remordimiento, y con el remordimiento el insomnio, y con el insomnio la pesadilla, y, por final, el desasosiego, noche y día, á roerle la conciencia y á hacerle amargas, lastimosas y desesperantes las horas todas de su entonces miserable existencia.

Indagó por este lado; husmeó por aquel rumbo, é inquirió por todas partes el paradero de su hijo, para atraerle con halago y darle lo que en razón y por derecho le pertenecía; pero aquel empeño resultaba vano: era buscar una aguja en un pajar; el hijo no se hallaba así se anduviera de arriba para abajo y se revoliera todo el mundo; cansado de investigar sin resultado, dejó á la eficacia de su leal y generoso sobrino semejante encargo; y al término de largas y fatigosas indagaciones, se llegó á saber que el hijo tan buscado había muerto en lejanos climas; entre la espesura de bosques vírgenes; luchando con la naturaleza y devorado por las fieras. . . . Lo lloró, sí, amargamente, y al llorarlo se lamentaba de no haberse rehabilitado antes de que el infortunado hijo muriera; porque el remordimiento le perseguiría mientras durara su pesada vida, quedándole el consuelo de estar cercano el fin de sus tristes y angustiosos días. . . . Y

el remordimiento, por una parte, y la debilidad de su organismo, por otra, lo tenían en grave y alarmante estado.

Después apareció otra vez la esperanza de alcanzar lo que por largo tiempo le despulsaba; y á ese arranque paternal, á ese empeño generoso, le llamaba locura el médico de cabecera, confirmado por el dicho de Sátrapa.

De pronto acusó á su sobrino de celoso y avaro; no veía en sus reiteradas complacencias más que el logro de un medro pecaminoso y premeditado; pero bien luego rechazó con fuerza acusación tan afrentosa, fundándose en los servicios, en las solicitudes y en las bondades de aquel sobrino que había trabajado quince años á su lado, metiéndole, duro á duro, los cientos de miles de pesos que poseía de saneado y abundante caudal en su caja.

De esta certeza partía la irresolución de Illescas; de aquí sus temores de meter las manos en aquel amontonamiento de

dinero y sacarlas llenas para colmar los bolsillos de su hijo y darle nombre legítimo y seguro crédito.

Y con estas imaginaciones, con estas desconfianzas, y con estas zozobras se le iban los días y se le pasaban las noches sin tomar en firme una resolución, que, á mucho tirar, no sería más que cumplir con una de las obras de misericordia.

El pobre viejo en ocho días de espera y de conjeturas, después del ofrecimiento de Sanchete, enfermó de modo sorprendente; apenas si tomaba alimento, cuando le tomaba á instancias repetidas del sobrino; dormía poco y descansaba menos; todo se le iba en estar con la mirada vaga por el techo; hablar largos y entrecortados monólogos; hacer ademanes y gesticulaciones con brazos y boca, y no salir de su cuarto, donde se pasaba horas completas dentro de la cama, ó sentado, con una inmovilidad granítica, en la muelle y espaciosa butaca.

Un día de tantos pidió pluma y papel; Sátrapa se negó rotundamente á obsequiar el deseo de su tío, ciñéndose á la prohibición del médico; Illescas obedeció como un chiquillo, y, al igual de él, se quedó huraño y zerronglón, cual si le hubieran negado un juguete. El pobre viejo no se dió por vencido y se valió de otras artes para obtener recado de escribir: el criado que le traía el desayuno fué quien metió furtivamente al cuarto los útiles de escribanía; al verlos Illescas, se reanimó mucho; bebió el chocolate de un sorbo, á pulso, con violencia, sin dejarle tiempo al mozo de ausentarse: con un gesto de impaciencia le indicó al sirviente que se llevara el azafate en que trajo el desayuno, y enviéndose solo se puso en pie; dió algunos pasos por el cuarto para coordinar sus ideas, enmohecidas, torpes, por el mucho tiempo que estuvieron arrinconadas en lo más recóndito de su cerebro; una idea (la generatriz, la primor-

dial, génesis de toda la desgracia de su vida), andaba errante en medio de remotos y confusos recuerdos que se levantaban, caían y volvían á cernirse sobre un hacinamiento de cosas idas y muertas, casi borradas en la memoria, donde acaso una cifra, una fecha, un nombre, como las inscripciones en las olvidadas lápidas mortuorias de un cementerio, daban indicio, norte y derrota de hechos lejanos que no renovaban la noción de tiempo y de lugar en aquellas pálidas y amortiguadas recordaciones; un tumulto de nombres, como una evocación, traían á tan monstruoso aquelarre rostros familiares, que ahora tenían singular aspecto por lo distante de la época y el desfigurar de los años; siniestros los unos; apacibles los otros; cuando placenteros; cuando quejumbrosos; y de entre ellos, saliéndose del cerco obstinado que rodeaba la línea lintera con el entendimiento y la memoria, el recuerdo fresco, rozagante, alumbraba

el rostro de una mujer joven, llorosa y desolada. . . . ¡La imagen de todas las alucinaciones de aquel pobre enfermo! ¡La de las noches de pesadilla horrible! ¡La que gritaba famélica! ¡La que imploraba suplicante! . . . Aquí de un volquetazo se invirtió toda aquella fantasmagoría dejando un fulgor que fué apagándose poco á poco; entonces Illescas suspendió el curso de sus paseos y el discurrir de sus divagaciones; sentóse frente á la mesa de noche; tomó papel y pluma, y con letra temblona y desgarrada escribió, escribió, febrilmente, llenando pliegos y pliegos con una rapidez que contrastaba por especial manera con la debilidad que le tenía postrado.

— ¡No puedo más! — exclamó con esfuerzo — y tiró la pluma lejos para quedarse suspenso, entumecido y desmadejado; repuesto un tanto del cansancio que le sujetaba al asiento, saltó á la cama castañeteándole los dientes y temblándole las manos; se metió entre sábanas, y allí

se estuvo quieto bajo el influjo de un sopor que le arrancaba largos y dilatados suspiros.

Era la hora de la cucharada.

Entró Sátrapa, con la puntualidad de un buen enfermero, á propinarle á su tío la medicina.

Al ir á tomar de sobre la mesa la botella del récipe, sus ojos se detuvieron en los pliegos atestados de letras gruesas y despatarradas; miró hacia el lecho y se dió cuenta del postramiento de su tío.

Con curiosidad en los astutos ojos y temblor nervioso en las desatentadas manos, tomó aquellos papelés y comenzó á leerlos con avidez:

Junio 2 de 18. . .

Querido hijo:

A la hora de ésta, el Lic. Don Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada, señor de todo mi aprecio, te habrá dado de palabra un recado mío; antes de ahora no



pude tomar la pluma para escribir como yo de todo corazón lo deseaba; por este impedimento, que mucho deploro, fué de palabra lo que en seguida te voy á decir por escrito.

Hace años que te busco por todas partes; la suerte siempre me fué contraria en mis pesquisas; cuando creía tenerte más cerca, más te me alejabas; no sé si éste era un castigo del cielo que Dios, en su infinita justicia, me imponía para que me arrepintiera de mis culpas; pero sé decirte, hijo mío, que lo que sufría en aquellos momentos estaba compensado con lo que hice sufrir á tu pobre madre... á tu buena y santa madre... Tú no sabes... no puedes saber, lo duro, lo amargo que es vivir alejado de aquel que se busca con empeño y que se quiere rehabilitar con creces... ¡Pobre hijo mío! ¡Qué vas tú á saber de estas cosas si no las has sufrido!

Yo tengo una fortuna que me he formado honradamente; cuando tú veniste

á este mundo, circunstancias difíciles me hicieron abandonar el lugar donde tú naciste... desde entonces comenzó mi calvario... Privaciones de todo género; sufrimientos de los más crueles; luchas á brazo partido con la miseria... ¡qué sé yo! Todo se me atropella en la cabeza para poderlo vaciar en esta carta; pero si sé decirte que siempre pensé en ti; que te conocía sin verte, cuando tú, sin duda, me odiabas sin conocerme... me maldecías sin oirme... Maldecirme tal vez no... ¡No es posible, sería muy doloroso!... ¡causa horror el pensarlo!... ¡que un hijo maldiga á su padre!... ¡No!... ¡No!... ¡No! Tal vez reprocharías mi conducta y condenarías mi abandono... ¡Ay, hijo mío! Tú no puedes saber... ¡ojalá nunca lo sepas!... hasta dónde la suerte se muestra contraria con los desgraciados, con los infelices que como yo han sufrido tantas penalidades... No quiero justificarme á tus ojos; no quiero aparecer ante ti como una víctima...

no; sufro el castigo de mi pecado y me confieso culpable. . . Pero quiero, lo deseo de todo corazón, como deseara la vida eterna, que no me rechaces, que no me desconozcas; que vengas á mi lado; que aceptes mi cariño y que respetes mis canas! . . . Las canas de un pobre viejo que son corona de espinas en este sufrimiento que me mata! . . .

¿Vendrá?... Esta es la pregunta que todos los días me hago desde que el Licenciado se encargó de traerte. . . Y á veces dudo, y á veces creo, y á veces te miro entrar por esa puerta con el perdón en los ojos y la caricia en los brazos abiertos. . . ¡Qué loca pero qué dulce ilusión! . . . ¿Se parecerá á mí? . . . ¿Tendrá el aire cándido de su madre ó el gesto resuelto mío? . . . Y en mi memoria, agujereada por tantas ideas que entran y salen, hago tu retrato, parte por parte, con minucioso cuidado, con forzado empeño. . . y así hecho, formado á mi idea y semejanza, ¡te reconocería en cualquiera parte! . . .

Pero después reflexiono que todos en los años juveniles se parecen; el impulso de todos es el mismo; la irreflexión es igual en todos; y ya no te pareces á mí; ni tienes nada de tu madre, y mi retrato queda reducido á la mitad, y la otra mitad se me fija en la cabeza llena de locos y revueltos pensamientos. . . ¡Te creía un niño y ya eres un hombre hecho y derecho! . . . ¡La imaginación es muy traicionera! . . . ¡Me dejaba en el momento en que te dejé y me ocultaba el tiempo tan largo que ha pasado desde que te dejé! . . . ¡Qué niñadas las mías! . . . La vejez y la niñez tienen mucha semejanza. . . ¡Quién pudiera volver á ser niño para no llorar de viejo la falta que cometí de joven! . . .

¿Vendrá? Vuelvo á preguntarme en esta soledad que me asusta, y el corazón me dice que sí. . . que vienes pronto. . . hace ocho días que te espero; ven, te lo suplico, porque siento que la vida se me va. . . ¡se está acabando este miserable